

Hierogamia cósmica: culto a Lamarqocha y a San Pedro

Sabino Arroyo Aguilar

Resumen

La fiesta de San Pedro, en Chorrillos, encierra la representación y el sentido del culto a la divinidad Lamarqocha, como madre generatriz y fuente de vida para la economía extractiva de los pescadores artesanales.

En el calendario religioso se registra el 29 de junio como día de San Pedro y San Pablo o como día del Papa para el mundo cristiano. En cambio, para el pueblo pescador del distrito de Chorrillos¹ simboliza la fecha y acto de identidad múltiple: el culto a Lamarqocha, la fiesta santoral de San Pedro, la memoria al mártir pescador José Olaya Balandra y la celebración de la Federación de Pescadores de Chorrillos, entre otros hechos festivos.

¹ El presente trabajo es un avance de la cosmovisión de los pescadores del litoral, en relación a la simbología de «Lamarqocha». Trabajo que emprendimos en la costa norte (Piura).

Contexto socioespacial

La historia de Chorrillos se remonta a los tiempos de la época prehispánica, cuando floreció al igual que muchos pueblos (de cuyo esplendor atestiguan los estudios arqueológicos) relacionados al mar. Grupos especializados en la pesca y en el transporte lejano se asentaron en las playas y las caletas para desarrollar, junto a la actividad económica del comercio, la extractiva y transformadora en forma artesanal para proveerse de una fuente de intercambio de alimentos con otras tierras comarcanas, como las hortalizas y la carne fresca de los pueblos de la yunga inferior y el chalón (carne seca) de los de la vertiente cisandina. Aún hoy, la caleta de Chorrillos es muy apreciada y concurrida por los consumidores directos de Barranco, Miraflores, San Isidro, Lima y otros distritos o, por los visitantes de la capital, ya que allí se expende variedad de productos provenientes de la pesca del día.

La caleta de Chorrillos fue poblada en forma continua desde tiempos inmemoriales: aún continua allí el pueblo pescador andino, y lo testimonia así el veterano pescador señor Balandra (presidente de la Federación de Pescadores en reiteradas ocasiones), que se identifica como el tataranieto uterino del prócer pescador José Olaya Balandra. Rostworowski (1981: 118) registra a Chorrillos como el «antiguo Armatambo, lugar de pescadores, formaba parte del curacazgo del Surco» del valle de Lima, siendo un señorío menor (según la Visita a los Maranga en 1549) y en 1748 el viajero español Antonio de Ulloa (en Estuardo Núñez 1973: 27), informante confidencial de la Corona, lo califica como un poblado cuyos «indios que lo habitan tienen el ejercicio de la mar: unos navegan y otros son pescadores».

Y desde la Colonia, principalmente en la República criolla, Chorrillos fue poblándose por la gente criolla, mestiza y de color, quienes se asentaron, cercaron o se posesionaron en distintos momentos y condiciones, como lo atestigua el viajero alemán en 1860, Friedrich Gerstaecker (en Estuardo Núñez 1969:50), que en «... Chorrillos, balneario muy cerca de Lima, y donde se refugió la mayor parte de los tranquilos habitantes de Lima» o como cuando en 1859, Karl Scherzer (*Ídem.*: 92) dice que «fue el lugar preferido de los limeños»: una romántica bahía con juego de casino frecuentado por muchos de la élite, como el presidente Ramón Castilla, para arriesgar «sumas altas» y residir «en un sucio y triste rancho». También nos describe la arquitectura del espacio social: un pueblo de indios pescadores con 100 a 150 ranchos bien aireados de madera y adobes o muros de caña recubierto con argamasa de barro, «feos y tristes por afuera» y «muy cómoda y confortablemente amueblados» por el interior. El

contraste señala la vinculación de las castas, por encima de la diferencia y en virtud de las relaciones socioeconómicas que caracterizan el ejercicio del poder, que se ha conservado por la evolución de éstas sin desvirtuarse su base tradicional.

Desde entonces a hoy, Chorrillos fue poblándose densamente de distintas formas, hasta que en las últimas décadas del siglo xx se precipitó desmesuradamente la población inmigrante, formando muchos asentamientos humanos en las falderas del cerro Morro Solar.

Hierogamia cósmica

Esta relación se revela en el enmarcamiento de la festividad religiosa del 29 de junio en Lima como el Día de los Pescadores de Chorrillos, pues en esta celebración existe gran concurrencia de la población limeña sin distinción de edad, sexo, actividad, etnia o estructura social; se dan cita más de 15 mil almas, con sentido de pertenencia, reencuentro, recogimiento, esparcimiento o de refugio, testigos y participantes de la gran dramatización pescadora. Es la única fecha del año en que Chorrillos se engalana con pomposidad y se llena de un mar de gente que se agazapa o se estruja por tratar de ganar un espacio para apreciar el desfile cívico-militar, en honor al mártir José Olaya, evocados por el Concejo distrital y por los representantes de la Marina de Guerra del Perú. Mientras esto ocurre en el malecón de la Plaza, también se suscita otra escena de singular importancia en el templo de San Pedro: los encargados del culto visten al santo patrón con sus mejores prendas para el reencuentro con sus feligreses y para la procesión náutica, inmediatamente después de la fiesta cívica.

La fiesta de San Pedro es la fiesta de Chorrillos y ahora, también, es la fiesta de los inmigrantes en Lima, principalmente para los del litoral o de las comunidades con similar santo patrón. La fiesta local y santoral viene cosmopolitándose con el paso del tiempo, lo que a su vez constituye un proceso de reinserción mental y cultural, que permite muchas lecturas de la memoria colectiva, entre ellas tenemos la simbología a San Pedro en relación a La Mar.

En la visión cristiana, el culto a San Pedro es la reafirmación del compromiso y devoción al papa, que se reconoce como obispo de Roma y sucesor de San Pedro como vicario de Cristo; la significación hagiográfica de este santo a la pesca llena, asimismo, su función proselitista (es el «pescador de hombres») y secundariamente —pero más que la Virgen María, desvinculada ya de su original relación con el océano, que era la de Venus—

es el «que camina en el mar» por la gracia divina, aspecto éste que ha sido retomado por el sincretismo con la religión popular de la costa. Así, este sentimiento religioso que fortifica los lazos de solidaridad social de la comunidad cristiana católica le confiere un alto poder. Mientras el mar, en el lenguaje común, es un elemento más de la naturaleza desencantada que nos sirve para la pesca o para navegar; en cambio, deviene, en el lenguaje simbólico del pescador andino del litoral, La Mar, Lamarqocha, Qochamama o la principal divinidad procreadora y proveedora de los peces, protectora o sancionadora de los hombres del mar. Así como viene a ser fuente de vida, también puede quitar cuando incumplen las normas preestablecidas o cuando faltan a las costumbres de la sociedad pescadora.

Entonces, en la cosmovisión de los pescadores de Chorrillos, La Mar es identificada (con sexo femenino) como la Madre, al nivel de la Pachamama de la sociedad agraria andina. Así como la mujer tiene los ciclos menstruales, también La Mar se «enferma» y es cuando arroja a la playa los desechos marinos muertos (peces, algas, hierbas, etc.) y sus aguas están movidas y cambian al color rojizo. Asimismo, es celosa con las mujeres y no acepta su presencia en la pesca; incluso, el pescador evitará copular con su mujer antes de echarse a la mar, para tener en su jornada suerte sin contratiempos, es decir, «una buena pesca». Todo pescador afirma categóricamente que los hombres muertos en el mar siempre son arrojados desnudos a la orilla: los muertos nunca permanecen en las entrañas de la Qochamama.

Esto indica la latencia de la tradición religiosa prehispánica, donde los puquios, lagos y el mar son identificados como paqarinas de los pueblos o las fuentes de vida, de donde surgieron los dioses o los héroes culturales se transformaron (se encantaron) para bien de los pueblos, trascendiendo en el tiempo social (mitos de origen). En este caso, los recursos marinos no han dejado de simbolizar fuente de subsistencia y un medio de vida trascendental para los habitantes del litoral y una actividad esencial para los pescadores; además de constituir un medio de transporte (ruta o camino de los dioses, chasquis y de los comerciantes) desde tiempos milenarios.

A estas características de los pescadores podemos adicionar que, en la pesca artesanal, hasta hoy se viene utilizando frágiles embarcaciones de madera; incluso, en algunas caletas del litoral norteño continúan en vigencia total los «caballitos de totora», como en Huanchaco, puerto de pesca para Trujillo y las «balsillas» (hechas del palo de balsa traído del Ecuador) en La Isilla y Yacila, de Paíta, Piura. Lo que indica que están a merced, tal como de los vaivenes de las olas, físicamente de las oscilaciones climáticas y de la

condición meteorológica o de las bravezas; por lo que sus destinos y sus vicisitudes están marcados por la omnipotencia de La Mar; todavía ahora impera el medio, cuyo poder sobre la vida humana nos lo muestra, históricamente, la reubicación del pueblo de los pescadores de San Pedro de Quilcay (Rostworowski 1977: 220) al pueblo de Lurín como consecuencia del terremoto de 1746.

En la racionalidad ecológica andina, la sociedad interactúa simétrica y asimétricamente con la naturaleza, y el hombre, como parte de ella, reproduce su relación dentro de los principios de reciprocidad y solidaridad social. Así como extraen los frutos de la deidad marina (recurso marino), también le deben respeto, tributo, pago o culto a Lamarqocha; pues, también los dioses comen y reclaman como los seres vivos.

Los pescadores de Chorrillos y los otros del litoral no han dejado de rendir culto o de guardar memoria a Lamarqocha, revestido en la simbología de San Pedro Pescador. Porque la parte central y principal de la fiesta del 29 de junio es la salida apoteósica y la procesión náutica de San Pedro en las aguas de la Playa de Agua Dulce, que demarca el espacio cósmico de los pescadores de Chorrillos.

La procesión náutica y la pesca sagrada representan la hierogamia cósmica de San Pedro con Lamarqocha, que consiste en el acto de cópula para propiciar la fecundidad de la diosa marina y para fijar el reinicio de un nuevo ciclo de pesca. La Mar quedó fecundada para la multiplicación y abundancia de los peces o de la vida marina. Entonces, el resultado de la pesca sagrada habrá anunciado la buena o mala pesca del año. Esta es la preocupación central de los pescadores para seguir reproduciendo los ritos matrimoniales y el culto santoral.

Sin embargo, ¿cómo se explica la presencia de San Pedro emparejándose con la divinidad andina del mar para propiciar la buena pesca o el mejor año? ¿Esta unión cosmogónica explicaría la fusión del sistema religioso andino con el sistema religioso cristiano? ¿O es una adaptación de la función y figura arquetípica de San Pedro, según la racionalidad andina y por analogía de la actividad?

Rebeca Carrión (1959: 51) muestra la iconografía de las vasijas de Casma, Pativilca y Chimú, donde los seres supremos aparecen vinculados a la actividad de la pesca y se encuentran custodiados por los felinos y «diversos animales míticos». A esta representación la identifica como los dioses de la fertilidad y la asocia al Dios Solar. En muchas iconografías de la costa norte, incluso el dios Naylamp, aparecen como personajes centrales relacionados con el viaje en el mar o con la actividad marina. Lo que indica que están simbolizando el matrimonio o cópula del Dios de la Fertilidad con la Qochamama o Lamarqocha. Y esta escena ritual, a su vez, representa el calendario de la

sociedad pesquera, como un sistema de control de la pesca y evitar la depredación indiscriminada.

Cuando los españoles llegan a Lima, y en particular a Chorrillos, encuentran en Armatambo la cabeza del cacicazgo menor, descrita por Cobo: «Muy grande población; vense las casas del cacique con las paredes pintadas de varias figuras una *muy suntuosa guaca o templo* y otros muchos edificios que todavía están en pie sin faltarles mas que la cubierta a estos pueblos como a cabezas y residencias del gobernador obedecen innumerables lugarejos de corta vecindad que había en sus límites de los cuales apenas queda memoria ...» (cita de Rostworowski 1978: 56 y 57; Cobo 1959: 301).

Entonces, posiblemente dicho templo suntuoso estaría destinado al culto a los dioses de la fertilidad marina, como en Pachacámac existía un santuario de la diosa Urpay Huachac (esposa de Pachaqamaq), única en criar peces en una poza, que era por ello considerada «madre de los peces» pues desde allí se multiplicó el recurso para el resto del mundo marino (Rostworowski 1978:56). Aquí encontramos el final del recorrido y el nudo del conflicto que trajo a la costa, desde su serranía, al dios Cuniraya de Huarochirí, opuesto así a Pachacámac, cuyo mar dio hospitalidad a Cavillaca (que con su hija —habida con astucia característica por su perseguidor— se transformó en roca o islote sagrado del mar, haciéndose así otra diosa marina, como la diosa Manañamca, esposa de Huallallo Carhuincho) (*ídem* 1986).

De ahí que el culto a San Pedro podría revestir al Dios de la Fertilidad, esposo de la Qochamama, pues habitualmente los pescadores representaban el rito de la copulación cósmica en las fiestas religiosas y las plasmaban en las escenas de las iconografías en murales de los templos o en las vasijas del culto. Con la figura arquetípica de San Pedro se las habría reemplazado debido a circunstancias históricas y religiosas de la conquista y proceso de evangelización colonial, dentro de una similitud de funciones de ambos personajes en la cultura y sistema de valores de los propios pescadores. Al parecer por dos razones, desde entonces y durante el proceso social colonial, San Pedro fue convirtiéndose en el carismático santo patrón de los pescadores: primera, es un santo pescador emblemático personificado en la figura masculina que conoce y dirige (ostenta el rango de capitán) la pesca como el dios de la fertilidad y, segunda, tiene la facultad omnipresente y rectora del sistema de vida de la ecología marina y está siempre presente en las travesías de los hombres del mar; es decir, se basa en las lógicas de la economía extractiva y cultura de la pesca.

En la tradición cristiana, San Pedro está relacionado con la actividad de la pesca en el lago Tiberiades o mar de Genesaret o mar de Galilea del año 14 después de Cristo; por eso lo identifican como el Pescador de Galilea (Picazo 1961: 12). Dicha actividad aún hoy prosigue para la población, pues «la vista del lago es poética, pero ofrece al mismo tiempo el más vivo contraste con el rudo trabajo de los pescadores que habitan las humildes casas de la orilla». Picazo, considerando que el «lago constituye una de las riquezas principales del lugar y por ende la ocupación de las gentes que pueblan sus riberas», concluye: «¡Cuántas veces debió Jesús contemplar la escena! ¡Cuántas veces debió ver a Pedro en el rudo trabajo!» (*Idem*: 13), es el hilo de la vida cotidiana que desovilla la piedad siguiendo el camino inverso al de los sionistas, obsesionados por esa época en recuperar la memoria «israelí» reconstruyendo las descripciones de guerras fratricidas de Flavio Josepho en el contexto de predicciones, de resistencias y rebeliones contra el dominio de los romanos. Por eso, el mar de Galilea es un espacio vital, aún con sus 208 metros bajo el nivel del mar, donde la vida es dura y la tarea para la subsistencia es permanente, como fue para los pescadores de Chorrillos, y hoy no deja de ser así en ambos lugares, inmersos a las nuevas exigencias de la economía de mercado.

Esta condición de vida encauza y conjunciona a los pueblos pescadores, con sentido de pertenencia y entropía cultural para las acciones y creencias comunes. Entonces, ¿por qué no aceptar a Pedro como santo patrón en un mundo sufriendo con utopías y promesas, excluidos y avasallados por la cultura de poder? Un santo mártir cristiano identificado como líder contra la tiranía y dominación oprobiosa romana (muchos cristianos fueron quemados vivos por difundir sus ideas), aunque en el mundo andino conquistado se convirtiera su propio hermano en un conquistador más: Santiago Mata Indios; los antiguos mexicanos identificaban al dios Tláloc como engendrador del agua y su esposa Chalchiuhcueye tenía primacía en las aguas del mar y de los ríos; más, los aztecas rendían culto al dios protector Opochtli como inventor y protector de las redes de la pesca, en evidente integración que se ha visto cancelada por la historia mientras que aquí en Chorrillos, donde a similitud del primer papa mártir el mártir José Olaya ofrendó su vida por la independencia, se verifica una renovada integración que reivindica en la sacralidad el dominio del recurso que albergan las aguas: una identidad de destino, un martirologio similar al de los dioses andinos, sustraídos de sus templos, quemados y arrojados por el suelo durante la Conquista y Colonia y que viven refugiados en los altos cerros.

La concepción religiosa del agua, como elemento vital para el hombre y para la vida en la naturaleza, fue percibida, concebida y representada con honda

preocupación desde las primeras alboradas de la cultura humana, como una forma de vida y por asegurar la sobrevivencia (un vivero natural maravilloso del futuro o «acuuario del mundo», según los estudios geológicos e hidrobiológicos) (Cifuentes 1986). Por eso, la historia cultural de los pueblos y de las civilizaciones del mundo están siempre imbricadas con los ríos, lagos mares o manantiales: no sólo por lo que constituyen elementos vitales o medios eficaces de transporte, sino, también por inspirar fuerza y libertad, poder y dominio en el mundo y sobre todo, para la multiplicidad imaginaria literaria religiosa de ayer y hoy. Así como los griegos y romanos llenaron el mar de divinidades y diversas criaturas de sexo masculino y femenino o en parejas (como Poseidón con su esposa Anfitrite y su hijo Tritón, lo poblaron de ninfas, sirenas y otros espíritus), también los peruanos, antiguos como de hoy, entienden el mundo como espacios sagrados residenciales, campo de acción de los demiurgos hacedores o de los dioses tutelares marinos. Compaginando la historia de los héroes culturales, de los gobernantes, con la historia de vida de los pueblos y de los pescadores resulta que es una apropiación del entorno, vital en tiempos de desposeimiento por haber declarado, implícitamente, al mundo la reescritura de una nueva Biblia globalizante propiedad de todos y de nadie; son dioses procreadores del amor y protectores de todo valor.

Por la misma razón, durante la Edad Media y del Renacimiento, los dioses cristianos se imponen al pensamiento religioso de los marinos europeos, sustituyendo los santos la función de los antiguos dioses «paganos». Se dice que San Telmo auxiliaba a los navegantes, los «marinos griegos del siglo xvii invocaban a San Nicolás durante las tempestades» (Cifuentes y otros 1986: 81), por eso «siempre llevaban 30 panes para este patrono». También Santa Bárbara protegía de los monstruos marinos, de las tormentas, del rayo y de las ballenas (monstruos). De la misma manera, cuando los santos migran a América —y al Perú, en particular, llegan con experiencia en entronizar los dioses vencidos, como resultado del reajuste de la lógica evangélica con más saña y astucia para el proceso de catequización pastoral—, desde que se oficializó el calendario religioso gregoriano que reproduce Guaman Poma de Ayala (*ca.* 1614; 1980) es un mundo recreado el escenario de nuestros dramas, y los santos desde los altares son instrumento de las tendencias religiosas (así como de las intenciones políticas) de quienes los pagaron tanto como de los que tuvieron que dar el dinero con que se los pagó. Si para España del siglo xvi, según Julio Caro Baroja (1985: 352): «... de todas las festividades del año, la más afamada entre los labradores de toda Europa fue la de San Juan, que da lugar a una multitud de refranes y dichos, porque era una fecha señaladísima para ellos desde muchos

puntos de vista (...); mientras las de San Pedro (29 de junio), San Pablo (el 30) tienen mucha menos significación» es otro el panorama al recomponerse el juego y cobrar nueva significación cada actor.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, José M.

1984 *Iniciación del año litúrgico*. Madrid: Cristiandad.

CARDONA, Francesc

1996 *Mitología griega*. Barcelona:

CARO BAROJA, Julio

1985 *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Sarpe.

CARRIÓN CACHOT, Rebeca

1959 *La religión en el antiguo Perú*. Lima:

CIEZA DE LEÓN, Pedro

1984 *La crónica del Perú*. Lima: Peisa.

CIFUENTES LEMUS, Juan L. *et aller*

1986 *El océano y sus recursos*. México: FCE.

COBO, Bernabé

1959 *Fundación de Lima*.

COMISION EPISCOPAL DE LITURGIA DEL PERÚ

1999 *Calendario del año litúrgico 2000: Año del Jubileo*. Lima:

ELIADE, Mircea

1951/1968 *El mito del eterno retorno; arquetipos y repeticiones*. Buenos Aires: Emecé Editores.

GASCÓ CONTELL, Emilio

s/f *Mitología universal*. México.

GOLTE, Jürgen

1994 *Íconos y narraciones: la reconstrucción de una secuencia de imágenes Moche*. Lima: IEP.

GRAVES, Robert

1967 *Los mitos griegos*. Edit. Losada, Buenos Aires

GUAMAN POMA, Felipe

1980 *Primer nueva corónica y buen gobierno*. México: Siglo XXI/IEP.

NÚÑEZ, Estuardo

1973 *El Perú visto por viajeros*. Edic. Peisa, Lima.

1969 *Viajeros alemanes al Perú*. UNMSM, Lima.

PICAZO GÁLVEZ, M.

1961 *San Pedro*. Lima: Renovabis.

ROSTWOROWSKI, María

1977 *Etnia y sociedad*. Lima: IEP.

1978 *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: IEP.

1981 *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: IEP.